



La Santa Sede

BEATIFICACIÓN DE CINCO SIERVOS DE DIOS

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Domingo 3 de septiembre de 2000

1. En el marco del Año jubilar, con íntima alegría he declarado beatos a dos Pontífices, Pío IX y Juan XXIII, y otros tres servidores del Evangelio en el ministerio y en la vida consagrada: el arzobispo de Génova Tomás Reggio, el sacerdote diocesano Guillermo José Chaminade y el monje benedictino Columba Marmion.

Cinco personalidades diversas, cada una con su fisonomía y su misión, pero todas unidas por la aspiración a la santidad. Es precisamente su santidad lo que reconocemos hoy: santidad que es relación profunda y transformadora con Dios, construida y vivida en el compromiso diario de adhesión a su voluntad. *La santidad se vive en la historia*, y ningún santo está exento de las limitaciones y los condicionamientos propios de nuestra humanidad. Al beatificar a un hijo suyo, la Iglesia *no celebra opciones históricas particulares realizadas por él*; más bien, lo propone como modelo a la imitación y veneración *por sus virtudes*, para alabanza de la gracia divina que resplandece en ellas.

Dirijo mi saludo deferente a las delegaciones oficiales de Italia, Francia, Irlanda, Bélgica, Turquía y Bulgaria, que han venido aquí para esta solemne circunstancia. Saludo asimismo a los familiares de los nuevos beatos, así como a los cardenales, los obispos y las personalidades civiles y religiosas que han querido participar en esta celebración. Por último, os saludo a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, que habéis acudido en gran número para rendir homenaje a los siervos de Dios que la Iglesia inscribe hoy en el catálogo de los beatos.

2. Al escuchar las palabras de la aclamación del Evangelio: "Señor, guíanos por el recto camino", nuestro pensamiento ha ido espontáneamente a la historia humana y religiosa del Papa *Pío IX*, Giovanni Maria Mastai Ferretti. En medio de los acontecimientos turbulentos de su tiempo, fue

ejemplo de adhesión incondicional al depósito inmutable de las verdades reveladas. Fiel a los compromisos de su ministerio en todas las circunstancias, *supo atribuir siempre el primado absoluto a Dios y a los valores espirituales*. Su larguísimo pontificado no fue fácil, y tuvo que sufrir mucho para cumplir su misión al servicio del Evangelio. Fue muy amado, pero también odiado y calumniado.

Sin embargo, precisamente en medio de esos contrastes *resplandeció con mayor intensidad la luz de sus virtudes*: las prolongadas tribulaciones templaron su confianza en la divina Providencia, de cuyo soberano dominio sobre los acontecimientos humanos jamás dudó. De ella nacía la profunda serenidad de Pío IX, aun en medio de las incomprensiones y los ataques de muchas personas hostiles. A quienes lo rodeaban, solía decirles: "En las cosas humanas es necesario contentarse con actuar lo mejor posible; en todo lo demás hay que abandonarse a la Providencia, la cual suplirá los defectos y las insuficiencias del hombre".

Sostenido por esa convicción interior, convocó el *concilio ecuménico Vaticano I*, que aclaró con autoridad magistral algunas cuestiones entonces debatidas, confirmando la armonía entre fe y razón. En los momentos de prueba, Pío IX encontró apoyo en María, de la que era muy devoto. Al proclamar el *dogma de la Inmaculada Concepción*, recordó a todos que en las tempestades de la existencia humana resplandece en la Virgen la luz de Cristo, más fuerte que el pecado y la muerte.

3. "Tú eres bueno y dispuesto al perdón" (*Antífona de entrada*). Contemplamos hoy en la gloria del Señor a otro Pontífice, *Juan XXIII*, el Papa que conmovió al mundo por la afabilidad de su trato, que reflejaba la singular bondad de su corazón. Los designios divinos han querido que esta beatificación uniera a dos Papas que vivieron en épocas históricas muy diferentes, pero que están unidos, más allá de las apariencias, por muchas semejanzas en el plano humano y espiritual. Es muy conocida *la profunda veneración que el Papa Juan XXIII sentía por Pío IX*, cuya beatificación deseaba. Durante un retiro espiritual, en 1959, escribió en su Diario: "Pienso siempre en Pío IX, de santa y gloriosa memoria, e, imitándolo en sus sacrificios, quisiera ser digno de celebrar su canonización" (*Diario del alma*, p. 560).

Ha quedado en el recuerdo de todos la imagen del rostro sonriente del Papa Juan y de sus brazos abiertos para abrazar al mundo entero. ¡Cuántas personas han sido conquistadas *por la sencillez de su corazón, unida a una amplia experiencia de hombres y cosas*! Ciertamente la *ráfaga de novedad* que aportó no se refería a la doctrina, sino más bien al modo de exponerla; era nuevo su modo de hablar y actuar, y era nueva la simpatía con que se acercaba a las personas comunes y a los poderosos de la tierra. Con ese espíritu convocó el *concilio ecuménico Vaticano II*, con el que inició una nueva página en la historia de la Iglesia: los cristianos se sintieron llamados a anunciar el Evangelio con renovada valentía y con mayor atención a los "signos" de los tiempos

Realmente, el Concilio fue una intuición profética de este anciano Pontífice, que inauguró, entre muchas dificultades, un tiempo de esperanza para los cristianos y para la humanidad.

En los últimos momentos de su existencia terrena, confió a la Iglesia su testamento: "Lo que más vale en la vida es Jesucristo bendito, su santa Iglesia, su Evangelio, la verdad y la bondad".

También nosotros queremos recoger hoy este testamento, a la vez que damos gracias a Dios por habérselo dado como Pastor.

4. "Llevad a la práctica la Palabra y no os limitéis a escucharla" (*St 1, 22*). Estas palabras del apóstol Santiago nos hacen pensar en la existencia y en el apostolado de *Tomás Reggio*, sacerdote y periodista, que fue obispo de Ventimiglia y, luego, arzobispo de Génova. Fue hombre de fe y cultura y, como pastor, supo convertirse en *guía atento de los fieles en todas las circunstancias*. Sensible a los múltiples sufrimientos y a la pobreza de su pueblo, organizó *una ayuda tempestiva en todas las situaciones de necesidad*. Precisamente para este fin fundó la familia religiosa de las *Religiosas de Santa Marta*, encomendándoles la tarea de ayudar a los pastores de la Iglesia, sobre todo en el campo de la caridad y la educación.

Su mensaje puede resumirse en dos palabras: *verdad y caridad*. Ante todo la *verdad*, que significa escucha atenta de la palabra de Dios e impulso valiente en la defensa y en la difusión de las enseñanzas del Evangelio. Y luego, la *caridad*, que estimula a amar a Dios y, por amor a él, a abrazar a todos, por ser hermanos en Cristo. Si hubo alguna preferencia en las opciones de Tomás Reggio, fue por los que atravesaban dificultades y los que sufrían. Por eso hoy es propuesto como modelo no sólo a los miembros de su familia espiritual, sino también a obispos, sacerdotes y laicos.

5. La beatificación, durante el Año jubilar, de *Guillermo José Chaminade*, fundador de los marianistas, recuerda a los fieles que deben inventar sin cesar *modos nuevos de ser testigos de la fe*, sobre todo para llegar a quienes se hallan alejados de la Iglesia y carecen de los medios habituales para conocer a Cristo. Guillermo José Chaminade invita a cada cristiano a *arraigarse en su bautismo*, que lo conforma al Señor Jesús y le comunica el Espíritu Santo.

El amor del padre Chaminade a Cristo, que se inscribe en la espiritualidad de la escuela francesa, lo impulsó a proseguir incansablemente su obra mediante la fundación de familias espirituales, en un período agitado de la historia religiosa de Francia. *Su devoción filial a María* le ayudó a mantener la paz interior en todas las circunstancias y a cumplir la voluntad de Cristo. Su solicitud por la educación humana, moral y religiosa es una invitación a toda la Iglesia a prestar *una atención renovada a la juventud*, que necesita a la vez educadores y testigos para volverse al Señor y participar en la misión de la Iglesia.

6. Hoy, la orden benedictina se alegra por la beatificación de uno de sus hijos más ilustres, *dom Columba Marmion*, monje y abad de Maredsous. Dom Marmion nos legó un auténtico tesoro de

doctrina espiritual para la Iglesia de nuestro tiempo. En sus escritos enseña *un camino de santidad, sencillo pero exigente*, para todos los fieles, a quienes Dios ha destinado por amor a ser sus hijos adoptivos en Cristo Jesús (cf. *Ef 1, 5*). Jesucristo, nuestro Redentor y fuente de toda gracia, es el centro de nuestra vida espiritual, nuestro modelo de santidad.

Antes de entrar en la orden benedictina, Columba Marmion se dedicó durante algunos años al cuidado pastoral de las almas como sacerdote de su archidiócesis natal, Dublín. A lo largo de toda su vida el beato Columba fue *un excepcional director espiritual*, que prestó atención especial a la vida interior de los sacerdotes y los religiosos. A un joven que se preparaba para la ordenación le escribió: "La mejor preparación para el sacerdocio es *vivir a diario con amor donde la obediencia y la Providencia nos ponen*" (*Carta del 27 de diciembre de 1915*). Ojalá que un amplio redescubrimiento de los escritos espirituales del beato Columba Marmion ayude a los sacerdotes, a los religiosos y a los laicos a crecer en su unión con Cristo y a dar testimonio fiel de él con amor ardiente a Dios y un servicio generoso a sus hermanos y hermanas.

7. A los nuevos beatos Pío IX, Juan XXIII, Tomás Reggio, Guillermo José Chaminade y Columba Marmion les pedimos con confianza que nos ayuden a vivir de modo cada vez más conforme al Espíritu de Cristo. Que su amor a Dios y a sus hermanos ilumine nuestros pasos en esta alba del tercer milenio.